

CUADERNOS  
DE HORIZONTE

LDH

# *Eva en los mundos*

*Escritoras y cronistas*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA



**Ricardo  
Martínez Llorca**

SALAMANCA, 1966

\*

Tres son sus pasiones: la literatura, el viaje y la montaña. A partir de ellas ha construido su obra escrita, tanto en medios de prensa como en libros. Entre estos últimos se cuentan las novelas *Tan alto el silencio* (Debate, finalista del premio Tigre Juan), *El paisaje vacío* (Debate, premio Jaén), *El carillón de los vientos* (Alcalá), *Después de la nieve* (Desnivel, finalista del premio Desnivel), *Hasta la frontera de mi sueño* (El Desvelo) y *Mi deuda con el paraíso* (Desnivel). Su único libro de relatos es *Hijos de Caín* (Xplora) y su única experiencia en el territorio testimonial *Luz en las grietas* (Desnivel, premio Desnivel).

En el campo de la literatura de viajes ha publicado *Cinturón de cobre* (Pre-textos) y *Al otro lado de la luz* (La línea del horizonte). Con anterioridad ya había hecho una incursión en el género de los perfiles con *El precio de ser pájaro* (Desnivel), pero en *Eva en los mundos* se adentra en las vidas de una serie de escritoras y cronistas que han llevado al cénit lo mejor de la literatura documental.

Título de esta edición:  
*Eva en los mundos. Escritoras y cronistas*

Primera edición en  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
enero de 2019

© de esta edición:  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com)  
[info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© del texto: Ricardo Martínez Llorca  
Los perfiles correspondientes a Annemarie Schwarzenbach, Rebecca West, Martha Gellhorn y Hayashi Fumiko aparecieron en la revista digital *La Línea del Horizonte*; los de Janet Malcolm, Joan Didion, Svetlana Alexiévich, Leila Guerriero, Edna O'Brian y Marina Tsvietaieva lo hicieron en *FronteraD* y los de Casanova, De Burgos y Garner son inéditos.

© de la maquetación y el diseño gráfico:  
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-41730-2018  
ISBN: 978-84-17594-12-1 | IBIC: BGL, DNJ  
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CUADERNOS  
DE HORIZONTE  
SERIE AZIMUT

*Eva en  
los mundos*

*Escritoras y cronistas*

**RICARDO MARTÍNEZ LLORCA**

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

*A los amigos que me enseñaron los vínculos entre  
la literatura y lo que nos sucede:  
a Juan Luis Conde, a José Luis Corrales  
y a la memoria de Manuel Talens.*

# *Eva en los mundos*

Sueño y verdad ... 11

SOFÍA CASANOVA:

*El primer testimonio de la guerra ... 17*

CARMEN DE BURGOS:

*El águila y la paloma ... 29*

MARINA TSVETÁIEVA:

*Un caso de exceso de ternura ... 43*

REBECCA WEST:

*la periodista casi perfecta ... 57*

HAYASHI FUMIKO:

*Desde los callejones de Tokio ... 71*

MARTHA GELLHORN:

*Sobre la inmortalidad ... 81*

ANNEMARIE SCHWARZENBACH:

*Los ángeles tristes ... 95*

EDNA O'BRIEN:

*El mito rural ... 109*

JOAN DIDION:

*Las raíces de la civilización ... 121*

JANET MALCOLM:

*La sociedad y la conciencia ... 131*

HELEN GARNER:

*El reportaje sentimental ... 143*

SVETLANA ALEKSIÉVICH:

*Contra el dolor ... 155*

LEILA GUERRIERO:

*la literatura son los demás ... 167*

## SUEÑO Y VERDAD

En la narración del Génesis figuran dos árboles en el jardín del Edén: el del Conocimiento del Bien y del Mal y el de la Vida. Del segundo apenas sabemos nada, dado que Dios expulsó a Eva y Adán tras comer el fruto del primero. Lo que a continuación ofrecemos es una introducción a las hijas de Eva, a las mujeres que buscaron esos frutos y los intentaron catar a lo largo de los últimos ciento veinte años, convencidas de que el retorno al Edén pasa por dar fe de lo que sucede sobre la piel de la Tierra. Como en el caso del Kublai Jan que aparece en *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, morder ese fruto es una necesidad, dado que se trata de un imperativo por corroborar si la verdad se corresponde a los sueños: «Vete de viaje, explora todas las costas y busca esa ciudad —dice el Jan a Marco—. Después vuelve a decirme si mi sueño corresponde a la verdad».

Este, el de confrontar la verdad con nuestro sueño, es un acto que practicamos a diario en distinta medida y con fortuna más bien desigual. Vuelve a ser un careo entre la realidad y el deseo. La respuesta que Italo Calvino pone en boca de Marco Polo es determinante: «Perdóname, señor: no hay duda de que tarde o temprano me embarcaré en aquel muelle —dice Marco— pero no volveré para contártelo. La ciudad existe y tiene un simple secreto: solo conoce partidas y no retornos». Cuando nos despertamos de un sueño, estamos exactamente en el mismo lugar en el que nos quedamos dormidos. Pero de un viaje, de una exploración hacia otro sitio o desde la

memoria, es imposible retornar a un lugar idéntico. Solo las coordenadas del GPS son las mismas; el resto ha cambiado y nosotros con él.

Estas mujeres, de la estirpe de Eva, tratan de escribir sobre la realidad, sobre los lugares a los que van, sobre lo que ven, pero todos sabemos que, para darle forma a la realidad, y no digamos a la verdad, hace falta mucha imaginación; en ocasiones, incluso mucha poesía. Cualquiera de las cualidades, la imaginación o la poesía, y también el activismo o la creación, se encuentra en la mirada. Escribir es, en definitiva, una consecuencia de la observación. Y los únicos sentidos que no observan se encuentran bajo las lápidas. La intensidad que uno les atribuya está en función de cuánto abra las puertas de la parte sensible que acarreamos en algún lugar del sistema nervioso.

12

Transformada en crónica, tal vez el género en mayor auge de este principio del siglo XXI, la mirada bien trasladada a texto nos lleva de viaje por el mundo. Pero no se trata de parajes vacíos. La crónica habla de lo que nos hace humanos, si bien le es propio la denuncia de la falta de humanidad. Sin personas, tendrá el valor de una postal. Hablar sobre crisis y conflictos de mayor o menor octanaje, o sobre el hambre parece su forma más frecuente. Sorprende encontrar grandes crónicas cuando se menciona un aula de educación secundaria o un campeón de un baile minoritario en el corazón de Argentina. Los talentos de Helen Garner o Leila Guerriero, su mirada, conquista el territorio que antes era pasto de los reporteros de guerra. No existe la realidad, como no



existe la felicidad o la libertad. Existen las libertades y también las realidades, y una felicidad tan desigual como interrumpida, y por tanto también articulada en plural. No se puede disfrutar de todas las libertades a la vez, como no se puede ser amante y cónyuge durante el mismo segundo. Algo parecido sucede con las realidades. Gracias a las crónicas, más o menos tamizadas por la imaginación o la poesía, podemos habitar en otras existencias durante unos minutos; ese es el regalo que le hace el género al mundo. Como el Marco Polo de Italo Calvino, tememos que, de llegar a esa ciudad con nuestros propios pies, jamás regresaríamos.

Sin duda, la lista debería ser más extensa. Nuestra selección muestra tanto lo cotidiano para la clase media como para la clase alta, sin faltar, por supuesto, la defensa y el apoyo a los desfavorecidos; son mujeres que hablan de la guerra y que hablan de lo cotidiano. No siempre las crónicas son cien por cien reales y en algunas ocasiones, como la de Marina Tsvetáieva, son un encuentro necesario dentro de su historia. En el caso, por ejemplo, de Edna O'Brien, eligió el refugio confeso de la ficción, al menos en lo concreto, que no en las sensaciones, excepto en su libro autobiográfico, ámbitos en los que se han movido casi todas ellas en distintas proporciones; no Svetlana Alexiévich. Pero la ficción se alimenta de la realidad, o de las realidades, en la misma medida en que la realidad se alimenta de la ficción. Una crónica cumple con el mismo anhelo de credibilidad que es necesario que contenga el relato o la novela. En todos los textos de nuestras hijas de Eva se contiene

algo del conocimiento del bien y del mal y algo del fruto del árbol de la vida: algo de ficción que se alimenta de la realidad y algo de la realidad que, aunque nos pese, se alimenta también de la ficción. Tal vez debiéramos valernos, aquí, del neologismo de Borges y mencionar la aporía en plural: las realidades se alimentan de las ficciones, del mismo modo que las ficciones se alimentan de las realidades.

En una época de géneros híbridos, en los que las intenciones y anhelos de representación se adhieren tanto a lo que el escritor considera realidad, su realidad, no está de sobra recordar de dónde venimos. Se conoce como autoficción, por ejemplo, un género que cualquier persona con una pequeña dosis de cinismo daría por liquidado antes de la primera frase: en buena medida, respondería el lector, Darwin terminó con la autoficción cuando escribió *El origen de las especies*. Estaríamos ante un ensayo que ha terminado por copar muchas cumbres narrativas, una historia fabulosamente narrada. Como son las de Heródoto o *El libro de las maravillas*, de Marco Polo, donde para llenar los demasiados huecos de realidades a los que puede acceder el cronista, se utiliza no solo la imaginación, sino hasta la fantasía.

Sofía Casanova o Carmen de Burgos asientan las leyes de lo que es crónica y lo que no: el eje sobre el que se mueven es la verosimilitud; lo que narran no basta con que sea creíble dentro del pacto que proponen al lector, se tiene que identificar como verdad en el sentido en que el Kublai Jan quería corroborar si su sueño se correspondía con una ciudad que exis-

te. Aunque leer sus viajes por Europa, en una época en la que apenas se permitía a las mujeres salir de su círculo íntimo, de su barrio y sus tertulias a la luz de las candelas, debió suponer una sacudida mayor; algo de similar impacto a las hipótesis de Darwin. El mundo se agranda a medida que ellas avanzaron y nosotros las leemos. Annemarie Schwarzenbach y Rebecca West, por ejemplo, acudirían a una llamada que se imponía: quitar las ojeras al resto de la humanidad, pues no se limitaron a ampliar el mundo a través de sus textos: el mero hecho de pasear sobre la superficie de los continentes muestra el respeto que debemos tener mientras aprendemos. Martha Gellhorn es un caso paradigmático en ese sentido; conocida por su breve matrimonio con Ernest Hemingway, su literatura y sus aventuras podrían igualar, e incluso por momentos superar, a las del premio Nobel. Al contrario que Hemingway, era discreta, una virtud que echamos en falta entre tanto protagonista, entre tanto duelo de testosterona, robando planos en las televisiones.

En cualquier caso, no se trata de una competición de género. El ojo, como la poesía y la imaginación, ¿será el mismo en hombres y mujeres, en Eva que en Adán? El sentido de reunir estas voces en un volumen es el que se refleja en el refrán chino que dicta que para enderezar a un junco es necesario doblarlo en sentido contrario. El mundo se nos aparecía, hasta hace poco, solo a través de las miradas de la estirpe de Heródoto; ahora podemos apoyarnos también en la de Eva. La atención que han conseguido recibir Joan Didion o Janet Malcolm en las

dos costas de Estados Unidos, por ejemplo, da fe de que ese sueño sí se puede hacer verdad.

El libro acaba siendo un viaje a los frutos prohibidos de los árboles del Edén, a la tentación por corroborar si el sueño se corresponde con la verdad. Es un acto que solo cabe ejecutar ensuciándose las manos; y suciedad y pecado son, con frecuencia, sinónimos. Al pensar en el sentido de «pecado» que heredamos, da la sensación, en último término, de que las metáforas del Génesis pueden contener en sí una interpretación y su contraria: Eva ha dado pie a una generación de mujeres que sudan, que fue la maldición a la que Dios condenó a Adán para pagar su gran pecado. La doble interpretación se podría decir que está presente en las mejores crónicas, dado que mientras quien las escribe traduce una mirada, cuenta con la mirada del lector para retornarlas a lo que considera que es la verdad. Si es que la verdad existe al margen de los microscopios. La interpretación de lo que leemos depende tanto del sueño de las escritoras y cronistas, como del sueño del lector. La verdad se alimenta del sueño, en la misma medida en que los sueños se alimentan de la verdad. De ahí que sus escritos no tengan pretensiones de revelar que la realidad es única, pero sí lo han sido sus ficciones, su ilusión, su sueño.

**JOAN  
DIDION**

## LAS RAÍCES DE LA CIVILIZACIÓN

En el documental filmado por su sobrino, *El centro cederá*, el momento clave es aquel en el que a la pregunta de que sentía Joan Didion (Sacramento, California, 1934), como periodista, cuando atendía a una noticia, en este caso entrar en una habitación y encontrar una niña de cinco años drogada, con los labios tan blancos de heroína como si los hubiera hincado en una tarta, la mujer de ochenta años que ahora es Didion, se demora todo lo que puede en responder con sinceridad:

—Bueno, pues —pasan los segundos, alza los brazos, agita las manos frente a sí, como si pretendiera alejar el aura del entrevistador o el recuerdo o sencillamente la molestara que el aire sea transparente—... Te diré que valía oro —termina por decir.

La sinceridad es un valor escaso. En este caso, Joan Didion se nutre de aquella joven que conjugaba el periodismo con algo que uno llamaría crueldad si hubiera caído en manos de un escritor con menos talento. Y ese periodismo era un espectáculo que se conjugaba, a su vez, con la tinta de la máquina de escribir donde tecleaba unos artículos en los que el orden contradecía la anarquía en la que, se nos dicta, estaba enfrascada su vida. Si uno sigue de cerca este documental, da la sensación de que el verdadero genio de Joan Didion consistía en salir siempre bien, muy bien, en la mejor fotografía. El documental no pretende ser objetivo y resume la vida de Joan Didion de forma sesgada. Por ejemplo, su hija aparece

en un par de ocasiones: al nacer y al morir. Al margen de una intuición intercalada en la que se menciona un acto terrorista que se asemeja bastante a una película de un improvisado asalto a un banco.

Si nos guiáramos por esos primeros años de Joan Didion, su deseo de ser protagonista en la feria de las vanidades de Nueva York y su cansancio de la misma; su retiro a una cala en California; su vida improvisada en negro sobre blanco con un hombre con el que existe un pacto de convivencia que les satisface, lo normal es que Joan Didion se hubiera suicidado en algún momento. Pero al contrario que esa salida de tono de Borges, afirmando que Hemingway se pegó un tiro el día que descubrió que era un mal escritor, Joan Didion no podía dejar pasar de largo tanto talento. Y mucho menos al partirse su vida con la muerte de su marido y, dos años más tarde, la de su hija. Dos picos tratados casi con disimulo en el documental, pero que dieron lugar a los que tal vez sean los mejores libros de Joan Didion: *El año del pensamiento mágico* y *Noches azules*. Hasta la fecha en que suceden las tragedias, todo apunta a que ella supo controlar eso que uno llamaría destino, a falta de una palabra mejor.

Pero ni siquiera en esos instantes Didion, ni en el documental ni en los libros, altera el tono, se modifica. La única pista que tenemos sobre su incapacidad de mantenerse inerte son sus brazos, es decir, la periferia. La figura anciana a la que entrevista su sobrino contiene el mismo gesto que la de las fotografías de las épocas más atropelladas, de su temporada de gran vividora, de esa edad en que uno no

entiende que mañana la vida puede haberse modificado. Pero sus brazos giran y se extienden, son dos ramas de viejo pastor de árboles con voluntad propia, la de expresar, la de gritar lo que no ha podido hacer antes, durante ochenta años de su vida en los que se ha debido a un personaje.

Dado que no toda su obra está traducida al castellano, *Los que sueñan el sueño dorado* es la recomendación a través de la cual conocemos a Joan Didion. Se trata de una recopilación de artículos de los años sesenta y setenta, y algunos de los noventa. Pero descubrimos a una mujer en plena contracultura, que elige ser una espectadora del proyecto de vida americano, ese que, como ella misma dice, consiste en estar convencida de que John Wayne aparecerá para llevarla a vivir a la casa junto al meandro del río, entre los álamos. Y, sin embargo, para vivir la nueva idea de sueño americano, la del mundo *hippie*, se traslada a San Francisco, donde todo es hiperbólico. La sensación que transmite es que sabe que está viviendo el estallido de la pubertad de Estados Unidos. A la par, está estableciendo la psicología del cronista, que donde mejor se manifiesta es en este reconocimiento: «Nos han inculcado la idea de que los demás, da igual quiénes, todos los demás, son por definición más interesantes que nosotros; nos enseñan a ser tímidos, prácticamente a odiarnos a nosotros mismos».

Esa idea resume cómo se educaba en una América profunda, autosuficiente y autosatisfecha, incapaz de evolucionar y por tanto mezquina. El único lugar donde consideró, entonces, que no se imi-



taba a esa América era Nueva York. Por otra parte, allí podría beneficiarse de la experiencia ajena. Eran años que se dedicó a construirse o a creer que se estaba construyendo o se había construido: «Resultaba difícil sorprenderme. Resultaba difícil hasta conseguir mi atención». Didion estaba absorbida por la intelectualización, por unos mecanismos obsesivo compulsivos semejantes a la codicia, por su proyección en toda la polisemia del término, incluyendo la somatización que resulta de una formación tan ambiciosa. Eran los años de *The Doors* y *Los Panteras Negras*, eran los años en que, si se aspiraba todo ese aire, uno terminaba por entrar en pánico: por no ser capaz de hacer la revolución, o por comprobar cómo la revolución afectaba al sueño y a los sueños. Pero gracias a ello Didion ideó una gesta, que se llama comunidad. Algo semejante a la idea del prójimo, en el oeste de Estados Unidos vivió en casas donde las puertas estaban abiertas para todos. No cesaron de sumar experiencias vitales en todos los ámbitos menos en uno: Didion confiesa que la escritura no ayuda a entender qué quería decir nada de todo aquello.

Cuando regresamos a crónicas posteriores, Didion ya es consciente del laconismo de la rueda activa del modo de vida americano. Mientras sufre migrañas, entrega guiones a productores de Hollywood, lo que ella llama «apuntes para las obras de los directores». Se embarca en giras promocionales por el éxito de alguna de sus novelas, muchas de ellas inéditas en España, aunque la calidez de *Según venga el juego* sea garantía más que suficiente. Y así hubiera seguido su vida de no ser por la tortura

de la muerte. Fallece su marido y, con todo lo que le cuesta expresarse en un lenguaje lírico, metafórico, poético, sin alterar su estilo, escribe *El año del pensamiento mágico*, una de las mejores obras de literatura testimonial de todos los tiempos.

Pero, ¿por qué «pensamiento mágico»? El título es un choque de trenes frente a la cultura que hasta la fecha había representado en sus escritos. El pensamiento mágico es la actitud más alejada del realismo social, de farsa de clase media, tipo Carver o Cheever, al que están acostumbrados los americanos. Eduardo Lago entrevistó a Joan Didion para *El País* (2 de septiembre de 2006) y obtuvo la siguiente respuesta:

«Los antropólogos y los psiquiatras hablan de “pensamiento mágico” para referirse a una actitud mental que nos hace sentirnos firmemente convencidos de que tenemos poderes para influir en el curso de los acontecimientos. El pensamiento mágico es característico de los niños. Cuando una pareja se divorcia es frecuente que los hijos se sientan culpables; tienden a creer que la causa de la separación es su mal comportamiento. Los ritos propiciatorios que buscan provocar la lluvia son un ejemplo muy característico de pensamiento mágico entre adultos. Cuando perdí a mi marido me aferré al pensamiento mágico con una intensidad que después me causó asombro. Me negaba a tirar sus zapatos porque estaba convencida de que si los conservaba, John volvería a por ellos».

La inmediatez de su escritura, pues Didion apenas aguarda nueve meses de duelo antes de co-

menzar a escribir, y la enfermedad de la hija a la que espera la muerte, dan al libro una doble línea argumental y una unidad temática y estilística: por un lado se analiza el fallecimiento de alguien que ha estado a tu lado y a quien has querido más de lo que has entendido, y por otro la lucha por salvar a la hija de una muerte segura, dos formas de una única enfermedad que se llama duelo. El azar y la memoria se suceden con un estilo limpísimo para plantearse si existe alguna forma de afrontar el dolor, indagando, la talla de periodista ya estaba hecha, sobre cómo lo han podido integrar otras personas. Didion, escritora, testigo, tímida por haberse educado como alguien inferior a los demás, es protagonista, se niega a dejar que el sufrimiento le suceda así, sin más.

De ahí, por ejemplo, que el testimonio directo se imponga sobre las referencias. No estamos frente a un ensayo, en ninguno de los dos libros, estamos frente a la meditación verbalizada, frente al porqué de las cosas que es algo que no puede ser más único, más personal. La tensión sale de sí, de la escritura que es la herramienta que Didion conoce mejor, que es ella, y que sabe que no le conducirá a ninguna parte, a ninguna conclusión, porque eso es algo que ya ha sucedido antes, a lo largo de cuarenta años escribiendo. Y escribiendo sobre lo cotidiano, que sigue siendo el tema de las dos obras. A pesar de ello, sin saber bien cómo, Didion es capaz de presentarnos la degradación de la felicidad en esos actos de cada día: desayunar y lavarse los dientes, escribir, contestar al teléfono, sacar la basura o hacer la compra. No hay que ordenar el caos a través de la escritura, porque no hay

caos: «La vida cambia rápidamente. La vida cambia en un instante. Te sientas a cenar y la vida que conoces termina». No podemos dejar de recordar el inicio de *La invención de la soledad*, de Paul Auster: «Un día hay vida [...]. Todo es como era, como será siempre[...]. Y entonces, de repente, aparece la muerte».

«El hombre deja escapar un pequeño suspiro, se desploma en su sillón y muere». Las palabras siguen siendo de Auster. La memoria podría ser la de Didion, pues así es como sucedió la defunción de su marido. Lo inusitado, sigue siendo la distancia emocional. Fascina. Es casi doloroso reconocerlo, pero esa misma distancia que hacía a la periodista ver una mina de oro en la noticia de una niña huérfana enfiada en droga, es la misma que hace de *El año del pensamiento mágico* y *Noches azules* dos obras maestras. Nos hace sentir cierto terror sobre quiénes somos en realidad, hasta que nos damos cuenta de que somos como los demás. Que eso es lo que Didion pretende. Esa ha sido su forma de ser sincera toda la vida. Así será como analizará la psicología de Ronald Reagan, reducida a marketing, o la de la primera dama, Nancy, cuya orientación ética la dicta la revista Vogue, que ella leía mientras Ronald redactaba postales a ciudadanos. Los asuntos de estado les quedaban tan lejos como la fosa de las Marianas.

Aun tras las pérdidas, o junto a ellas, a Didion no le abandona cierto espíritu de Peter Pan, el mejor, el compasivo. Por ejemplo, en su reivindicación contra el sentimiento de culpa que expresa en los casos de violación, cuando se acusa a la mujer de no poner suficientes trabas. Es la misma culpa con que nos edu-

caron haciéndonos pensar que los demás son mejores que nosotros, solo que en este caso no se limita a superar las barreras de la patología, sino que maldice a toda una humanidad. Pero Didion no se queda ahí. Sigue cavilando y se da cuenta que, frente a ese debate, existe el paradójico de la victimización social: el violador ha sufrido oprobio toda su vida, incluso la ha heredado desde la generación de sus ancestros, esclavos en las plantaciones de algodón. Didion opta por no caer en pornografía sentimental, excepto para denunciar que se imponga la violencia, porque considera que esa es la ética del género literario que ella practica, ese que conocemos como periodismo.

«Somos seres mortales imperfectos, conscientes de esa mortalidad incluso cuando la apartamos a empujones, decepcionados por nuestra misma complejidad, tan incorporada que cuando lloramos a nuestros seres queridos también nos estamos llorando a nosotros mismos, para bien o para mal. A quienes éramos. A quienes ya no somos. Y a quienes no seremos definitivamente un día.» (*El año del pensamiento mágico*). Si uno visiona el documental *El centro cederá*, se da cuenta de que ese es el espíritu que libran las manos y los brazos de Joan Didion, cuando ya el resto del cuerpo no le permite recomponerse como se hace en la juventud, pero abre el camino a que lleguen las sorpresas del mundo. No parece necesario, como expresa al final con un lirismo centenario, que pague un pasaje de vuelta al mundo exterior. Nunca lo abandonó. Siempre ha recordado quién es. Siempre nos ha mostrado que eso es lo importante.

ESTAS MUJERES, DE LA ESTIRPE DE EVA, TRATAN DE ESCRIBIR SOBRE LA REALIDAD, SOBRE LOS LUGARES A LOS QUE VAN, SOBRE LO QUE VEN, PERO TODOS SABEMOS QUE, PARA DARLE FORMA A LA REALIDAD, Y NO DIGAMOS A LA VERDAD, HACE FALTA MUCHA IMAGINACIÓN; EN OCASIONES, INCLUSO MUCHA POESÍA.

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

## CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#7 *Crónicas de Islandia*

JOHN CARLIN

CU#8 *El valle feliz*

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

CU#9 *Naturalezas*

RALPH WALDO EMERSON

CU#10 *Ensayo sobre el exotismo*

VICTOR SEGALEN

CU#11 *Viaje de Egeria*

CARLOS PASCUAL (ED.)

CU#12 *Variaciones sobre Budapest*

SERGI BELLVER

CU#13 *Huellas negras*

DIEGO COBO

CU#14 *Imagen de la India*

JULIÁN MARÍAS

CU#15 *Tiempo de Hiroshima*

SUSO MOURELO

CU#16 *Eva en los mundos*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

Aquí hay un libro escrito desde la admiración. Habla de ese territorio sutil donde conviven sueño y verdad, pues la realidad suele ser una suma de insinuaciones que deslumbran nuestra percepción en un juego de espejos. La observación abierta de esos destellos, su reflejo y escritura, habría sido territorio de varones de no ser por la presencia de algunas mujeres, brillantes todas, testigos de los ordenadores de última generación y de las perplejidades humanas.

En *Eva en los mundos* reunimos los perfiles de trece escritoras y cronistas, verdaderas maestras en el arte de esclarecer tiempos de tormentas. Pertenecen a cinco océanos y a momentos históricos diferentes. Sus vidas, y la lectura de sus obras, forman un mosaico que aquí se recompone con la misma pasión literaria con la que escuchamos sus voces. Evas que no ponen las cosas fáciles, porque sus biografías son piélagos en los que rescatar peces de todos los colores. Esta recopilación de autoras nos permite ver a través de su mirada e imaginar sus sueños y verdades; mujeres hechas de palabras cuyo factor común tal vez sea el sentido de la justicia.

**SVETLANA ALEKSIÉVICH | SOFÍA CASANOVA**  
**CARMEN DE BURGOS | JOAN DIDION**  
**HAYASHI FUMIKO | HELEN GARNER**  
**MARTHA GELLHORN | LEILA GUERRIERO**  
**JANET MALCOLM | EDNA O'BRIEN**  
**ANNEMARIE SCHWARZENBACH**  
**MARINA TSVETAIEVA | REBECCA WEST**

IBIC: BGL, DNJ

**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
ediciones

[WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM](http://WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM)

